LECHOS VOLUP

1

233746



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233746

4/1505073

Lechos voluptuosos

MADRID BIBLIOTECA NACIONAL

I

—¿Estoy bien así?

—Más altas las piernas... Es decir, la derecha... A ver, esta liga se te cae...

—¿Así? ¡Caray!... ¡qué puntilloso eres, nene!

—No; la puntillosa, eres tú: que abusas de las puntillas...

—Es que con ella oculto lo sonrosado de este principio de muslos... que convidan al soben... según tú.

—¡Y según los cánones carnales de doña Venus, la Mayor, reina de Ambos mundos (carnosos). ¿Es que acaso no hemos convenido en implantar en esta villa y corte lo que en camas se estila por París de Francia?...

R. 3224290

— ¡Claro!... Camas... con mujer de muestra... propias para solterones recalcitrantes... eso es el anuncio... Y yo creo que se las trae.

—Y pa gacholis bergantes...

—Ustaquio... ¡que la metes!...

--¡Caray!... Tú sí que metes... A ver, ¿qué te introduces... ahí?

--¡Anda!... ¡La vela!... que me da un porción de gusto.

--Pero tener la vela esa entre los labios ¿te pué complacer?

--Con deliquio...

--¡Arrea!... No estás mal de terminejos... «¡Deliquio!»... Mira: Deliquio, no hablemos ni media palabra... que ya sabes que en cuanto me azministro diez tintas seguías... o alternás... me pierdo; y me da así como una enagenación bastante mental y ¡guay! del sentío común... y de tus nalgas, Puri... porque m'equivoco d'ahujero.. y la ¡catástrofe!...

--Por que soy ebúrnea ¡que si no!...

--Ebúrnea y con cada muslo que la Chelito te tie que mirar de lejos y con gafas verdes ¿verdad, prenda?

--Bien. Ahora, en serio, ya... ¡pelmazo!... Que me va a dar un enfriamiento.

--Mira: en serio; súbete más esta media... ¿No ves que el color de por sí, ya es

un piropo?... ¡eso es canela!...

--Fíjate, hombre, que se cae el precio ese de 200 PLUMAS. No me se antoja muy acertao... Van a tomarte el pelo...

--¿Por qué? ¿No saben aquí y en todo el orbe mundiólogo que plumas es el sobrenombre de beatas, vulgo, pesetas?

--¡Calla, renacuajo insólito!... ¿No ves que eso de «200 plumas» paece el anuncio de un vendedor de plumeros?

--¡Pa chasco!... ¡Ah... Eso; ahora sí que has dao en la posturita... Así... así... las piernas bien separás... y que destaque ese pelo tan rubio que mamá naturaleza t'ha otorgao.

--Sí: mamá... que m'ha comprao un frasco de Tintura India... que creo que es lo mejor...

--No tanto... no... No adjetives... que el otro jueves el concejal ese de la calle la Ruda se llevó... unos bigotes rubios, pero suplementarios completamente... Y eso que va afeitao el individuo que si no...

***

La verdad era que la idea de vender *Camas, a plazos, con mujeres, a plazos,* la sacaron nuestros comerciantes de un vodevil que vió el muy vivales de Eustaquio en el Cluny del propio París... con una de des-albillés, como él decía, que me río yo

de los cuadros del museo del Prado... conforme se entra a mano derecha.

Por otra parte, su mujer... es decir, Purita (la Puri, como él la llamaba) que en materia de exhibir carnes, no se había andado jamás con repulgos de empanada, prestóse a las mil maravillas a ejercer de modelo para hacer que se duerme en camas de matrimonio, o para camas de monja... todo consistía en acompañarse para el primer caso de su primita Elisa Mantecón: asimismo rolliza de formas y con andares propios y movimientos completamente afrodisíacos, cuando entraba en funciones de modelo, conforme verá el curioso lector.

Elisa muy morena: vamos, un moreno agitanado, de esos que dan la hora... y hacerle dar los cuartos al más pintado, con senos tiesos, blanquísimos con sus botoncillos rojos en lo alto, brazos superiormente contorneados y llenos, muslos «bastante exhuberantes», según opinión de muchos parroquianos y en especial del primo Eustaquio, que era el que más palpablemente podía dar detalles de su volumen y circunstancias, por haberlos hecho separarse y juntarse, a voluntad según las necesidades de la venta de lechos y nuevo modelo, con somier silencioso... «bastante

silencioso»; según aseveraba el propio impagable camista al detall... llamémosle así...

II

--Hola, hola, Eustaquio... ¿Qué hay de eso?

--¿Cómo «de eso», señorito?...

--¡Claro, torpe!... Mis dos camas de monja para esas dos solteronas, doña Patrocinio y doña Filomena.

--¿Ya están, ¿las quié usted ver?

--Se comprende... ¿Son de las de doscientas ¿no?

—¿Hay un pequeño suplemento... Ya ve usted, don Fulgencio, el somier «silencioso», de mi invención.

--¿De tu invención? ¡Guasón!...

—¡Moño! ¡Yo, guasón!... Ni en soñación... Pase cuando guste a la alcoba... allá están los dos lechos... que están diciendo «¡gozad!»

Pasó, en efecto, Fulgencio, el rico abogado murciano que administraba el patrimonio de las dos acomodadas hermanas doña Petra y doña Filo al interior y aunque no se deslumbró de momento, para no

usar de una fórmula ya harto sobada, quedóse como el que ve visiones, propiamente... Eso sí; se trataba de visiones, algo de los cuentos de las «mil y una noches»... «edición ilustrada a 100 pesetas el *tomo*»... y a 200 pesetas el *te daré*, que dijo el otro.

Imaginaos a la derecha de aquel escenario, o casi escenario de Venus, a otra venus no menos frescota, ni menos entrada en carnes que las Venus del Ticiano... con las piernas separadas, bastante separadas; los ojos cerrados, pero con parpadeo intermitente... con una mano, regordeta y blanca, encima de la propia conciencia de la pecadora y ¡vaya si la tenía negra! la susodicha... y aterciopelada además.

Ya comprenderá el lector que se trataba, por los detalles, de Elisa Mantecón, la morenaza prima de Purita; la que haciendo honor a su apellido parecía propiamente de manteca en sus múltiples altibajos carnosos; tanto en sus redondeces glúteas, de mayor desarrollo, como en su muslografía, plena de reflejos níveos y rosáceos; cutis satinado, tentador, imponderable,...; así como si saltamos a los ricos semiglobos de los pechos que sorprendemos en flagrante ascenso y descenso afrodisíaco, acaso por motivo de la mentada mano que acariciaba sus encantos más intimos con naturalidad

y ardor dignos de encomio.

—¡Qué preciosa! ¿verdad Eustaquio?

—¡Oh!... Y toda ella de palo rosa, señorito.

—Te hablo de la muchacha...

—Bueno, bien. Yo me refería al lecho: aplique usted lo de palo rosa a este cuerpecillo jacarandoso... y quítele usted de ahí esa mano, que la pobrecilla bastante ha hecho para serle a usted agradable...

—¡Ah!... ¿Conque es por mí que tiene la manita entre los muslos?

—Pues ¡por quién va a ser!—espetó regocijadamente, la propia interesada...

—¿De modo que no dormía usted?...

—No; no dormía, ni yo tampoco, don Fulgencito—intervino la rubia Purita, desde el rincón oscuro en que se hallallaba su cama correspondiente.

—Pero ¿dónde está esa, que no la veo?...

—No dés la luz ahora. Ustaquio; que estoy casi en cueros...

—¡Zape! Mejor para mí....—opinó el buen abogadillo.

El mismo, que ya sabía los resortes eléctricos, dióle al conmutador y ¡zás! otro «tableau vivant».

Aquí donde hemos puesto pelo moreno abundante y rizoso, sustituyamos bellas guedejas casi de mazorca de maíz; con las

que hacen juego los rizadísimos bosquecillos axilares y triangulares que son de rigor, y casi el mismo volumen de muslos ampulosos, en cuya parte media destaca fastuosa liga esbelta que sostiene el prestigio de la sedeña media lila, transparente y tentadora, a más no poder, engarzando las soberbias pantorrillas.

—¡Señorito!...

—Pero ¡a qué admirarse... si te sonríes de gusto, pícara!... ¿No es este el trato?... ¿No son *250* del ala... con mujer y todo?

—Claro que por supuesto—asintió Eustaquio.

—¿Entonces... rica?...

—¡Ale, tú, Elisa!... A aliviar tocan ahora; que el señorito y esa van a examinar un rato largo el lecho. ¡Alza!

III

Cuando la Luisa y su primo sobrevenido, el frescote de Eustaquio, hubieron ahuecado, don Fulgencio, con la mayor prosopopeya, comenzó a aligerarse de ropa.

No le invitó Purita, porque ¡más ligera de lo que iba!...

—¡Que no es por ahí!—decía riendo la

alegre rubia al tanto de que la mano diestra y entremetida del abogadete la iba sobando una y otra protuberancia posterior.

—Si es que me he dado un golpazo en el saliente del somier...

—Pa salientes estos: ¿verdá usté?

—¡Ay! ¡Y tanto! ¿Quién pudiera convertirlos en entrantes de mis salientes... o viceversa!...

—Oiga; jueguecitos no, ¿eh?—interrumpió Purita.

—De palabras nada más... ¿De quién es esa fresa?

—De usté va a ser ¡pa chasco!...

—¡Como que pago tus fresas a unas mil pesetas el kilo, así, unas con otras!...

—Así... así... sóbeme en esta rodilla.... que ahora soy yo la que me he dado un golpe en el saliente.

—¿En el del somier?—arrambló con malicia Fulgencito.

—No... ¡oh!... en ese... *¿ese* es de su propiedad, por un casual?...

—¡Tú verás, hija!... Como las fresas lo son de tus ricos pechos; ese «postre variado» que yo apetezco todos los días y le echo de menos todas las noches.

—Pues chupe usted fresas... pero no amague con los labios ¡Uuuy! ¡qué gusto!... ¡Eh!... con la mano, no... ¡Más abajo... así¡

¿Ve usté, so *letrao* sin pleitos?... Mire usted si está bien de almohadas esta cama...

—¡Carambano!... Y de colchones no digamos,.. ¡Oh! que blandos al tacto... ¡Abrete ya mujer,.. que me puedes, y yo no te puedo!...

—¡Cómo! La puerta ¿pa qué?... No estamos bien así? ¿A este lechecito le falta algo para trocarse en la sala del consabido paraíso de Don Mahoma, que de gloria goce?...

—¡Los polvos!...

--¿Insecticidas?...

--Se concibe... casta Susana, que no van a ser estos... Lo que tú eres una mala probadora de camas...

Resultaba, en efecto, que este diálogo, en su mayor parte sostenianlo en el mismo borde del lecho, ella en camisa, con los muslos bastante visibles, en toda su soberbia redondez, es verdad, con sus senos erectos, desafiadores... pero nada más: aquella cara de Serafín de Murillo, con ojos de chulona, gata madrileña de las más castizas, nada expresaba al alocado abogadillo respecto a deseos carnales.

Los ardores de Fulgencio iban haciéndose insoportables.

--¡Abre ya, rica... que me desesperas!

--Mis brazos, sí; lo demás... no es del

trato.

--Me río yo de los tratos ahora... Ante tus carnes en flor, así tan provocativas, tan incitantes... ¡Tú verás!

Y la amarró las dos manos a la espalda, tumbándola de medio lado encima del lecho: el lecho aquel tan coquetón, tan nuevecito.

¡Y el somier realmente silencioso!... ¡Oh, los inventos del ingenioso Eustaquio Cabezas!...

Forcejearon: hubó un momento en que la cabeza del abogado, con su pelambrera de crenchas peinadas hacia atrás, rozó con las soberbias ingles de la soberbia Purita...

Esta, como en una intuición fúlgida de «greco-romana» y adivinando las intenciones del pecaminoso Fulgencio, dió media vuelta y presentóle, en pleno, el mapa mundi, cubierto por la sutil trama de la camisa de Cambrai.

A la vez su mano oprimía el botón de la pera eléctrica.

Un timbre sonó...

Presentóse la Elisa, medio vestida solamente, pues se conoce que habían tenido juerga con su primo Eustaquio.

--¡Hola!... ¿Ya?...--recalcó, con un guiño de ojos asaz significativo.

—¡Quiá!... Esa Purita... es de la esencia del diablo...

—Por que se puede... Oye, nena: tráeme mi bata escocesa con randas, ¿quieres, rica?... Ahí mismo en el ropero... Esa.

—Estimando, preciosa... Quédate con don Fulgencio, que voy a llamar a mi hombre, pa que desmonte este lecho. Creo que no tendrá queja de la prueba ¿no, querido sin-pleitos?

—¿Y el otro?...

—El otro, a probarlo ahora mismo conmigo.

—No; ahora, no—aseguró Purita.

—Ahora, sí... O ¿qué va a ser eso?,.. ¡Si os habréis figurado que yo p uedo quedarme en este maldito Madrid veinticuatro horas más, sólo por vuestro capricho!...

—Le esperan en Totana las solteronas... ¡je! ¡je! ¡je!.,.

—Me esperan... al menos, esperarán sus camas; y no es justo ni natural que...

Elisa echó un capote al apurado picapleitos.

—Anda, mujer... Si el hombre está en su derecho de examinar la otra cama... Déjanos ya, y lárgate... Creo que te necesita por allá Ustaquio.

Salió, algo malhumorada, Purita.

Y se comprende: pues como Elisa no



debía a nadie dar explicaciones de sus actos, iba de fijo a conceder al bello Fulgencio el disfrute íntegro de todas sus gracias, que no eran pocas.

En efecto; al poco rato entre frenéticos achuchones, besuqueos libidinosos y sobajeos de los más íntimos y carnales que nos cuenta la historia, exclamaban con exhausta voz:

—¡Negra!... ¡Negraza!... ¡Aprieta más!... ¡No pares!...

—¡No me dejes!... ¡Ah!... ¡qué bueno... qué bueno... es ese contraveneno que me... pro... pinas... contra los ac... ci... deeentes!... ¡Ay! ¡Toma, ladrón!...

. . . . . .

¡Sopla!... ¡Hasta poetisa, inclusive, nos ha resultado la planturosa Elisa en las horas de espasmo ultraterreno!

IV

Trasladémonos a Totana: esta riente y sicalíptica población murciana, donde residen las más garridas mozas de la vega levantina.

En efecto; vése por allí ¡cada arranque de pantorrilla, cada asomo de senos fulgentes y satinados... cada temblequeteo de rollizas nalgas al gracioso contoneo del caminar!...

En la linda vivienda de doña Filomena y doña Patrocinio, las ajamonadas hermanas solteronas, respirábase, más que la placidez campesina, la sensualidad romana de tiempos de Cuómodo, Nerón y Heliógabalo.

Estatuas la mar de frescas, en el amplio jardín: cuadros en las alcobas, no de santidad, sino de paganismo olímpico: «Danáe y la lluvia de oro», «Los Sátiros y las Ninfas en el bosque», «Nacimiento de Venus»... una serie de imágenes de incitantes desnudos y semidesnudos que daban el ópio.

Cuando sorprendemos a las dos agradables mujeronas, aun de muy buen ver, amplias de caderas; piernas macizas, a juzgar por lo que las finas batas dejaban sospechar, vivas y sensuales de ojos; de labios más bien musculosos y senos erguidos y ligeramente danzantes como las manzanas en sus manzanos agitadas por la fuerte brisa de Abril.

Doña Filomena leyendo *La Colección Placer*... con verdero idem... uno de los últimos volúmenes *Travesuras de un conejo* en que el autor ha vertido la sal gorda,

donde los afrodisíacos excitantes abundan.

Su hermana, hojeando un voluminoso album de postales bastante pecaminosas y, suspirando cada vez que los ávidos ojos tropiezan con una pareja de deshabillé más que libertino entregándose a escarceos prohibidos.

—¡Ay nena Filo!... ¡Y cuánto tarda ese belitre de Fulgencio!...

—No debe llegar hasta mañana... ¿Y para eso no se por que pones los ojos en blanco?...

—Bien, sí, yo en blanco, pero tú *en negro*... el color que prefieres... ¡Con lo que te pirras por las sesiones de cine!.. Con nuestro abogado-administrador a tu vera por toda película!...

—¡Miren la deslenguada!... ¡Uy!... ¡Chica!... Lo que me pican hoy estas maldecidas pulgas!...

Alzamiento contiguo de holandas y exhibición de una pantorrilla descuajante... ¡Corcho con doña Filomena! Y ¡qué bajos me gasta!...

Patrocinio, por su parte, oculta ahora una mano entre sus robustas piernas, como tratando de emular las hazañas cupidescas de los grupos fotográficos que constituyen su admiración y envidia.

—¡Oh! ¡Cómo me duele en esta ingle!...

Y apartando así mismo la bata y enaguas, y alzando la fina camisa transparente, pone de manifiesto la soberbia encrucijada de ambas ampulosas columnas venusinas, con los primeros rizos del nido correspondiente... ¡Cosa rica, a fe de imparcial narrador!...

V

Un alegre tintineo en la cancela de la quinta: Fifí el foxterrier, ladra regocijado. Alguien llega: pero ese alguien, del todo allegado a las agraciadas solteronas, a juzgar por las señales.

Cierre inmediato del álbum, por parte de doña Patrocinio... mientras alzándose su hermana lanzóse en pos del esperado huésped.

Es, en efecto, el retumbante y buen mozo picapleitos, «que llega con gente armada»...

Naturalmente: es gente de paz, o séase dos mozos de cordel que traen a cuestas las dos sendas camas, adquiridas en Madrid, cuyos antecedentes ya conocemos.

—¡Querido Fulgencio!

—¡Ya era hora!...

—¡Perverso!... ¡Mal sujeto!...

—¡Niño mimado de la casa!... ¡Que modo de hacerse desear!

—No tanto, no tanto, mis bellas amigas!... En fin, confieso que el maldito barnizado... el barnizado de estos muebles lo que me ha retenido un par de días allá abajo!...

A poco quedaron desembalados y montados los dos soberbios lechos... cada uno en la alcoba correspondiente a cada hermana...

Quedaron éstas encantadas.., ¡Silenciosos los somiers!... ¡Qué lindos!... ¡Qué bien se dormiría allí!...

***

Al llegar la noche, hora de tomar su cotidiano café con las solteronas, halló a éstas agetreadas aún y con los rostros encendidos por el rubor o el cansancio ¡vaya usted a adivinar!... Las cortinas que ocultaban las puertas de la gran sala de recibo hallábanse corridas, ocultando las puertas de aquella alegre pieza.

Doña Filomena presentóse mimosa ante Fulgencio, púsole una cuidada y suave mano en el cuello y dijo en voz baja:

—¡Ah, pillete!... ¿Y este anuncio clan-

destino que se le ha caído a usted del guardapolvo?...

—¡Ah!.., ¡Señora!... Yo... le... lo...

—Y tan *lelo;* que nos quería tomar a nosotras por lelas ¿eh?

—A callar y a leer,—agregó doña Patrocinio, en tono de falsa y más que melosa severidad.

Leyó ella misma: -Al Lecho a la Moda. —Soberbio bazar modernista de camas de todas clases: especialidad en colegial, monja y matrimonio, Aviso interesante: venta al contado de «camas con mujer de muestra, propias para solteronas recalcitrantes».

—¿Eh? ¡Qué tal!...—agregaba impertérrita doña Filomena, secundando a su hermana en su recia acometida.—De aquí se desprende que estas camas «ya han sido estrenadas»...

—¡Oh! Relativamente, nada más, queridas mías.

—No hay relatividad que valga... El castigo se impone: O bien devuelve usted inmediatamente nuestros dos lechos... que por lo demás resultan bastante blandos y agradables a la vista, o de lo contrario!...

—O de lo contrario, vea usted...

Y al exclamar doña Patrocinio «vea usted», descorrió, rápida, las cortinas de la

sala recibimiento... Las dos camas, completamente equipadas y dispuestas para las luchas amorosas, aparecían en el centro de la estancia... pero no separadas, sino muy juntas, hasta formar una soberbia cama de matrimonio.

El apuesto letrado-administrador adivinó el «castigo» que le imponían.

—Y ¿así es como se me castiga, rica mía? —eso iba por doña Filomena;—¿así se me va a castigar, preciosidad levantina? — esto otro iba por doña Patrocinio.

—Que se le levante pronto...

—Que se le levante... el castigo y trué-quese en nuestra completa entrega... ¡Bandido!..,.

—¡Charrancillo!

Cayeron los tres en inverosímil grupo, encima los blandísimos lechos de Madrid... El grupo más sensual, más excitante de todos... Un abogado libidinoso entre dos solteronas recalcitrantes...

VI

Decimos «inverosimil grupo», sólo refiriéndose a su aspecto escultórico, puesto que a encantos bien contorneados y a eburneidades más o menos resbaladizas, pocas hembras en Totana podían competir con las dos exhuberantes murcianas que nos ocupan; las dos cálidas, rebuscadoras incansables de goces carnales, y las dos encaprichadas casi hasta al vértigo por el afortunado Fulgencio.

Primeramente el acoplamiento del apuesto galán y la planturosa Patrocinio fué completo, al natural.

Doña Filomena les alternaba en aquella conversación libidinosa.

—Mira, nena, que se te sale eso.

—¿El qué?

—La puntilla de tu pantalón.

—¡Ay!..,. Pero se me entra toda... toda la fuerza de las pupilas de ese ¡bandido!... ¡Cuánto sa-bes en este len-gua-je... ¡Ay!

Luego que les hubieron dado los primorosos desmayos placenteros a Fulgencio y a su víctima, aquél pasó a la segunda parte.

—Sóbele, así, con un dedo en la frente a su hermanita ahora. Ande, adorada Patrito.

Doña Filomena, esperando la acometida viril, ponía ya los ojos en blanco anticipadamente.

—Más fuerte este dedito, así por toda la superficie.

--¡Ay! -- quejábase suave, dulcemente Filomena.

Los dedos diabólicos de su bella hermana, que mostraba un raro adiestramiento en materias preparatorias, cumplían a maravilla.

El cuerpo todo de Filomena, con sus magnificos altibajos de entrepiernas, de senos, de vientre movedizo y de brazos, todo desnudo o semi-desnudo, con pedantísima visión, iba ejerciendo su efecto en el impetuoso Fulgencio. Este, al ver los alarmantes extremos a que se entregaba la temblorosa paciente, agarró la mano de la ayudanta.

--¡Alto ahí!... Aquí estoy yo ahora.

Y entró efectivamente... Penetró con todo su audaz armamento en la ciudadela, casi sin el menor esfuerzo bélico.

--Ahora ya estamos iguales -- suspiró por fin Filomena.

--*Riamos* juntas las dos--concluyó la otra parodiando así un antiguo drama de la escuela echegarayesca.

La conclusión de tales excesos amorosos no pudo ser más halagadora para ambas carnosas hembras.

Las camas habían triunfado en toda la línea.

***

Nada hubiera turbado la paz octaviana de aquella nueva Roma en que no existía más Nerón que el feliz Fulgencio, si la escena o las escenas, casi del todo verdes, hasta dejarlo de sobra, que se desarrollaron la primera noche y las sucesivas, no hubieran sido presenciadas por Vicenta, la robusta criadita que estaba al servicio de las dos bellas bacantes murcianas. Aquella tarde, temprano después de regar copiosamente su pequeño pero frondoso jardín, que lo tenía entre dos macizos blancos como la leche, aproximose a la hora de la siesta al señorito. Una mirada asaz insinuante, acompañaba a su aspecto solícito.

—Señorito... Usté es un ansioso, salvo la comparación.

Lo he visto todo, recontra. ¡Vamos que todo!...

—¿Con pelos y señales?—preguntó él presintiendo a lo que se refería la doméstica.

--Los pelos sobretodo... Y mire que tiene pelos la cosa.

—La de doña Filomena, que lo que es la otra...

--Y yo ¡qué!... ¿Soy costalico de paja?

Aquí fingió tumbársele la mecedora y dió con ella en el suelo. Las magníficas asentaderas, los anejos o sean los muslos

soberbios, con sus ligas encarnadas que los rodeaban, aparecieron en lujuriante visión ante los encandilados ojos de Fulgencio.

--¡Caray!... Si que sabes caerte con gracia, hija--exclamó reprimiendo sus deseos, súbitamente soliviantados.

--Me la ha visto usté--preguntó, riendo ella.

--¿El qué, muchacha?

--¡La gracia de Dios! ¡Así le llaman en mi pueblo a eso! Y si no la ha visto bien, no es porque haya estorbos.

--Anda, es verdad que no llevas pantalones... ¡Muy bien!... Requetebién.

Y repiqueteaba en las nalgas rollizas.

--Esta noche o me lo viene usté a contar y a repetir encima las camas que se ha traído de Madrid... o se lo charro tóo al siñor cura y hasta al sacristán de la pirroquia.

Fulgencio que se vió cogido entre dos fuegos, selló la promesa con un apretado beso. La criada triunfaría pues del triunfador.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor. —Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo. —Goces supremos Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal. —Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente. Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. —La Virgencita. —Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes--Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Lechos voluptuosos.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡ VIVA LA GRESCA !!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito. —Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires